

LUIS MICHELENA

LA OBRA DEL P. MANUEL

DE LARRAMENDI (1690-1766)



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO
EN LA UNIVERSIDAD

6

LUIS MICHELENA

La obra del
P. Manuel de Larramendi
(1690 - 1766)

1959

EL pequeño pueblo vasco, en el espacio no demasiado largo en que lo ilumina la luz plena de la Historia, no se nos muestra libre de contradicciones. En momentos próximos y hasta en un mismo instante, aparece orgulloso y servicial, sumiso y rebelde, ejemplo de anarquía y de buen gobierno, atrasado y atento a las últimas novedades técnicas, modelo de religiosidad cristiana y apegado a las prácticas antiguas, tenaz en la adhesión a todo lo suyo y propenso a diluir su personalidad en la de sus vecinos. Es probable, sin embargo, que contradicciones semejantes, como hijas de la contradictoria naturaleza humana, puedan también observarse, a poco que se preste atención, en la vida de cualquier otro pueblo. Lo que ya no parece dudoso es que de todas sus particularidades es sobre todo su lengua, el vascuence, lo que confiere a ese pueblo una acusada personalidad. No sé si podemos decir que por

razón de su aislamiento, al menos si esto no se entiende con valor muy restringido y preciso, ya que cada vez se ve con más claridad que no hay corriente occidental que no la haya penetrado en los últimos milenios. «El vascuence, lengua europea» titula acertadamente D. Antonio Tovar uno de los capítulos de su último libro.¹

Tampoco es dudoso que el P. Manuel de Larramendi, de la Compañía de Jesús, no es sólo el apoloquista más fervoroso de esa lengua, sino también el autor más conocido de cuantos en un sentido o en otro se ocuparon de ella durante el siglo XVIII. Aunque combatido por bastantes, fue escuchado por muchos como un oráculo o al menos fue seguido como el maestro más seguro en materia de gramática y lexicografía vasca. Y no todos sus fieles fueron vascos. Luego, con el progreso de los conocimientos y con la aparición de nuevos instrumentos de trabajo, su prestigio fue decayendo. Al fin ha llegado a perder hasta el aprecio de sus paisanos que durante tanto tiempo fueron por lo común admiradores incondicionales de su persona y de su obra. Hoy, al enfriarse las viejas pasiones o al ser sustituidas por otras nuevas, acaso pueda verse más claramente lo que hay de fundado y de injusto en la fama pasada y en el olvido actual.

Son necesarias, en primer lugar, unas palabras sobre la vida del P. Larramendi que dejó de usar, no sabemos por qué, su apellido paterno: Garagorri.² Nacido en

¹ *El eushera y sus parientes*, Madrid 1959.

² "y hot tenemos apellido de Garagorri, que es el mto", escribe en el prólogo al *Diccionario trilingüe*, p. CXVIII. La biografía de Larramendi puede verse en *Galería de jesuitas ilustres*, Madrid 1880, págs. 266-270, del P. Fidel Fita, quien la puso también al frente de su edición de *Corografía o descripción general de la Muy Noble y Muy Leal provincia de Guipúzcoa* del P. Larramendi (Barcelona 1882).

Andoain (Guipúzcoa) en 1690, entró en Bilbao cuando tenía cerca de 17 años en la Compañía de Jesús, en la que profesó en 1726. Enseñó filosofía en Palencia y filosofía y teología en Salamanca, y tenía allí fama de buen predicador. Sucedió al P. Torre en el cargo de confesor de la reina Doña María Ana de Neuburg, viuda de Carlos II, renunciando en 1733 para retirarse a Loyola, donde vivió hasta su muerte. Falleció el 28 de enero de 1766, poco antes de los graves sucesos de la Machinada de Azpeitia, eco del motín de Esquilache, que empezaron el 13 de abril y no dejaron de influir la expulsión de la Compañía al año siguiente.

De su actividad docente proceden sin duda algunas obras teológico-filosóficas en latín que continúan inéditas y no nos interesan en este momento. Sí nos interesa en cambio que siendo todavía Maestro de Teología del Real Colegio de la Compañía en Salamanca publicara allí sus dos primeros libros, compuestos en los «muy breves ratos que pudo usurpar a más altas tareas»: *De la antigüedad y universalidad del Bascuence en España, de sus perfecciones y ventajas sobre otras muchas Lenguas, Demostración previa al Arte que se dará a luz desta Lengua* (1728) y *El imposible vencido, Arte de la Lengua Bascongada* (1729). El recuerdo de este vasco, vinculado como Unamuno a Salamanca, se conserva en la Cátedra de lengua vasca «Manuel de Larramendi» fundada no hace muchos años en aquella Universidad.

En 1736 apareció en Madrid su *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria*, y 1745 en San Sebastián, en dos volúmenes in folio, la que puede considerarse su obra principal, tanto por su extensión como por su influencia: el *Diccionario trilingüe del Castellano, Bascuence y Latín*. Porque, además de lo que el título

promete, el diccionario va precedido de un prólogo de 229 páginas que es como el resumen de su obra de apologista del país y de la lengua y la mejor introducción para quien desee conocer sus ideas lingüísticas y sus procedimientos polémicos. Consta de tres partes bien distintas: en la primera «descubre las perfecciones de el Bascuence»; en la segunda trata de probar «que el Bascuence es la lengua primitiva y universal de España», y en la última responde a sus impugnadores, Mayáns e Ignacio Armesto y Osorio, el autor del *Teatro anticrítico universal*.

Los títulos citados bastan para comprobar que no había gran novedad en las tesis apadrinadas por Larra-mendi, que son justamente las mismas que tradicionalmente venían defendiendo los autores vascos. Se creyó incluso obligado a sostener, como lo habían hecho los anteriores, que la antigua Cantabria comprendía en su territorio al País Vasco y muy especialmente a Guipúzcoa, opinión que se apoyaba en algunas semejanzas de nombres de lugar y en ciertas pseudoleyendas, de origen probablemente más erudito que popular, cuyos primeros testimonios son del siglo XVI. No hay por qué insistir hoy en lo equivocado de esta reducción, refutada definitivamente por el P. Flórez, que buscaba una participación en las glorias de la última resistencia contra el poder romano. Muy al contrario, hay indicios de que los vascones comprendieron muy pronto las ventajas de la amistad con Roma: los vascos y nuestros antepasados hemos tenido por lo general, hasta el siglo pasado, el acierto de inclinarnos en los conflictos del lado de los batallones más nutridos. En todo caso Larra-mendi con su talento y su cultura está en esto mucho más cerca de apologistas crédulos como Poza y Baltasar de Echave y de historiadores ingenuos como Zaldibia y

Garibay que del espíritu crítico de Oihenart y del P. Moret, su compañero de orden, en el siglo anterior.

Si entramos ya en el terreno estrictamente lingüístico, que es el que más cultivó, veremos por ejemplo que en el importante estudio del profesor Lázaro Carreter, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*⁴, apenas se menciona a Larramendi. No hay injusticia en esto, pues hay que confesar que sus ideas generales en esta materia carecen de novedad. Lo que piensa acerca del origen de las lenguas es sencillo y basado en la interpretación, corriente entonces, del capítulo 11 del Génesis: el vascuence concretamente, que es en el fondo lo único que le interesa, es una de las lenguas matrices y más precisamente una de las matrices mayores⁵, es decir, una de las lenguas (al parecer 72) que nacieron en la confusión de Babel, lo que se prueba porque «no tiene el Bascuence origen, descendencia, afinidad ni semejanza con otra alguna Lengua en todo ni en parte, en quanto a su alma o la harmonía de sus reglas y construcción».⁶

Tampoco es muy clara la idea que se hace de la evolución de las lenguas y de las relaciones de éstas entre sí, excepto en un punto, en el que no puede ser más categórico: el vascuence no ha sufrido alteración importante con el correr de los siglos. Así lo declara en la dedicatoria del *Diccionario*: «Pero todos los ímpetus,

³ J. CARO BAROJA, "Observaciones sobre la hipótesis del vascoiberismo considerada desde el punto de vista histórico", *Emerita* 10 (1942), 236 ss.

⁴ Madrid 1949 (*Revista de Filología Española*, Anejo XLVIII).

⁵ Hervás tenía toda la razón, si traducimos sus palabras en terminología moderna, cuando se negaba a distinguir entre matrices mayores y menores "Las lenguas son matrices o dialectos de matrices: la lengua que no es dialecto de otra, aunque se hable solamente en una aldea, será tan matriz como la que, no siendo dialecto de otra, se habla en el mayor imperio" (*Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* V, Madrid 1804, pág. 240).

⁶ *Diccionario*, pról., pág. XII.

contenidos o del respeto o del pavor, pararon en amago, sin atreverse a violar las inmunidades deste Sitio: y el Bascuence, inaccessible a la novedad y alteración y libre de impresiones bastardas, ha conservado tan intacta su antigua pureza y hermosura que, si el primer Poblador de España (sea Thubal o sea Tharsis) oyera hoi hablar a los Guipuzcoanos, los entendiera sin Diccionario y sin Intérprete, menos que huviesse olvidado su propia Lengua». Su técnica etimológica tampoco es muy depurada, pero esto merece tratarse con más detención.

Ahora bien, si nos interesamos por la situación de la ciencia lingüística española en el siglo XVIII, debemos tener muy en cuenta, a mi entender, algunas realizaciones concretas de aspecto modesto y poco aparatoso, pero de carácter más estrictamente científico que ciertas especulaciones generales: me refiero a las colecciones de material y a las descripciones de lenguas. Es difícil que podamos acusar a Larramendi de tener ideas generales poco claras y hasta completamente erróneas si las de sus contemporáneos no eran por lo común menos nebulosas y equivocadas que las suyas. Incluso hoy, cuando contamos con un cuerpo de ideas válido al menos como primera aproximación acerca de la evolución y relaciones de las lenguas, como el continuo progreso de los conocimientos que ha seguido a su aceptación, los prejuicios y opiniones erróneas de personas cultas son más numerosos y groseros en materia lingüística que en cualquier otra disciplina, hasta el punto de que no estaría de más un Feijoo que combatiera supersticiones corrientes sobre el lenguaje y difundiera principios más razonables entre personas no especializadas.

Volviendo a sus realizaciones, Larramendi, sean cuales fueran sus ideas generales, es el autor de un *Arte*,

de una gramática de la lengua vasca, y habrá de ser juzgado por la adecuación de esta descripción al objeto descrito más que por otras ideas más ambiciosas y menos comprobables. Y aquí la crítica, sin entusiasmos excesivos quizá, parece haber sido benévola para con él y probablemente no podía serlo de otra manera. En efecto, en las muchas censuras a que ha dado pie la obra de Larramendi, *El imposible vencido* ha quedado generalmente al margen de las diatribas. Si he de dar brevemente mi opinión, creo que se trata de una exposición clara en que lo más importante de la estructura gramatical del vascuence ha quedado bien de manifiesto, animada de cuando en cuando, para romper la monotonía del estilo didáctico, con incisos polémicos.⁷ No se podía exigir que Larramendi se adelantara a su tiempo en rigor ni que se librara enteramente de los cuadros y de la terminología del inevitable modelo latino; con todo ello, quien lea el libro sin prevención podrá advertir que, con una hábil disposición que da fe de su buen sentido, el autor ha podido reunir en un espacio no muy grande, además de la gramática del dialecto guipuzcoano, bastantes indicaciones sobre la pronunciación y sobre otros dialectos vascos. Su mismo empeño en poner de manifiesto lo que hay en vascuence de distinto a las lenguas por él conocidas le ha ayudado a no caer en la dependencia servil de la gramática latina.

Se ha tachado alguna vez de orgulloso su título, como si se propusiera hacer vanidosa ostentación de

⁷ Véase como muestra el siguiente (pág. 17): "Otra objeción hazen contra el Bascuence, porque en esta Lengua todo se ha de construir al rebés, por la posposición que tienede artículos. ¡Qué simpleza! ¿Y de dónde te consta que esa construcción es al rebés? Y más si doy yo en decir que va al rebés tu construcción Castellana. ¿Sabes? Los Hebreos escriben el renglón tirándole de la mano derecha a la izquierda y tú le tiras de la izquierda a la derecha: ¿y quién escribe al rebés?"

los méritos del autor. Nada más lejos de su intención, pues todo prueba que el título no es arrogante, sino polémico. Va dirigido a todos aquellos, vascos o no, que creían que no había gramática vasca porque no podía haberla: llevaba muy en particular Larramendi clavadas en su corazón las palabras de otro jesuita, el P. Mariana, quien llamó al vascuence *rudem et barbaram linguam, cultum abhorrentem*. «Por solo este lado presumía la emulación o la Crítica mal entendida—escribe en la dedicatoria a la provincia de Guipúzcoa—deslustrar, si pudiese, tan grandes esplendores. Desacreditaban el Bascuence de Lengua inculta, bárbara, incapaz de Arte y primor, y por aquí pretendían hallar algún vacío de luz en el honor de V. S. I. Pero aora queda desmentida esta vulgaridad con la demostración que hace V. S. I. de que es la Lengua más culta, elegante y armoniosa.» Fue, pues, el patriotismo antes que la soberbia lo que le dictó el título y lo que, una vez puesto en el disparadero, le llevó a ponderar el artificio de su lengua en comparación con el de otras, como si en principio una lengua no fuera tan adecuada por su estructura como otra para servir de medio de comunicación humana. Esto lo sabía bien Hervás y Panduro: «Manuel Larramendi ...trata difusamente del carácter y perfección de esta lengua para ensalzarla y responder a algunas objeciones hechas sin conocimiento alguno del vario y admirable artificio de todos idiomas y de la diversidad intrínseca de las lenguas llamadas matrices. La invención del language más bárbaro hasta ahora conocido excede ciertamente los límites del ingenio humano». ⁸

⁸ *Catálogo V*, pág. 239. Compárese lo que escribe en la pág. 195: "No hay idioma que no tenga artificio bien arreglado: y por regla general las lenguas de las naciones llamadas bárbaras suelen tener artificio más bien arreglado que la griega y latina, que están llenas de excepciones que hacen enfadoso e intolerable su estudio".

No puede por otra parte discutirse al P. Larramendi la prioridad en haber puesto en manos de los estudiosos una descripción suficientemente completa de la lengua vasca. Como dice Hervás: «Antes del año 1729, en que Larramendi publicó el arte o gramática del vascuence, éste era desconocido a los literatos que de él no tenían más noticias que la vulgar de su existencia y de su notable diferencia o diversidad de las lenguas conocidas». ⁹ Es cierto que por los mismos años, y muy posiblemente algo antes, un ex-fraile vasco-francés, Pierre d'Urte, de San Juan de Luz, convertido al protestantismo y establecido en Inglaterra, compuso una extensa gramática con ejercicios, limitada a su labortano natal, que tenía el prestigio de los numerosos libros que en él se escribieron durante el siglo anterior: esta gramática es incluso, dentro de su caótico desorden, mucho más rica que la de Larramendi. ¹⁰ Sin embargo, por haber quedado inédita, no tuvo efecto práctico y no pudo desde luego ser conocida por el guipuzcoano.

Lo dicho no significa que Larramendi no tuviera precursores. Han de tenerse muy en cuenta las indicaciones gramaticales que el suletino Oihenart consignó en su *Notitia utriusque Vasconiae tum Ibericae tum Aquitanicae* (París 1638 y, con adiciones, 1656), Y, quizá porque tenía una mentalidad demasiado crítica para confundirse con la grey de los apologistas, demasiado fría también para granjearse el cariño de sus paisanos, expresó ideas muy avanzadas en materia de lenguaje que Larramendi con acierto no dejó a veces de apro-

⁹ Catálogo V, pág. 203.

¹⁰ *Grammaire cantabrique basque* (1712), publicada en el *Bulletin de la Société Remond*, 1896-1900; en tomo aparte, Bagnères-de-Bigorre 1900. Se le debe además una traducción del Génesis y de los primeros capítulos del Exodo, impresa en Oxford en 1894, y un diccionario que sigue sin publicar.

vechar.¹¹ Pero lo suyo no es más que un esbozo al lado del cuadro, aunque de proporciones modestas, del jesuita.

El precedente más importante, aunque más lejano, está en otra parte. El arte de Larramendi se alinea junto a las numerosas gramáticas de lenguas indígenas sobre todo de América que misioneros españoles compusieron en su siglo y en los anteriores: incluso se puede probar, como veremos más adelante, que uno de los motores principales fue también en nuestro caso el celo evangélico. La labor lingüística y etnográfica de los misioneros es, sea dicho de paso, uno de los capítulos más brillantes de la aportación española a la ciencia. Ella hizo posible la síntesis de Hervás a fines del XVIII, a la que también contribuyó sustancialmente Larramendi.

El juicio que merec hoy *El imposible vencido* es suma muy favorable, como hemos dicho, pero no ocurre igual con otra obra de más empeño que Larramendi consagró a la lengua vasca: el *Diccionario trilingüe*. No es sólo que el diccionario tuviera más prece-

¹¹ Así en lo que escribe de a, artículo determinado: "De aquí se conoce que yerran los que piensan que en Bascuenze todo nombre se acaba en á, error en que estuvieron Garibay y Echabes (sic) y otros muchos, que ciertamente son inexcusables, pudiendo fácilmente desengañado con ejemplos obvios y con toda la construcción Bascongada que antes bien son pocos los nombres que se acaban en a" (*El imposible vencido*, pág. 16). Compárese con lo que decía Oihenart: "Hay que perdonar a Marineo y Merula, como desconocedores de la lengua vasca, los cuales no pudieron enterarse bien, por vivir ellos lejos de la región en que se habla. Pero Garibay es culpable de no pequeña negligencia, por cuanto, siendo su nativa lengua, incurrió más gravemente que ellos en el mismo error, ya que habiendo aquéllos querido decirlo especialmente de algunos vocablos, él no titubeó en afirmarlo en general de todos" (*Noticia de las dos Vasconias*, trad. del P. J. Gorosterratzu, San Sebastián 1929, pág. 29). En cuanto a las palabras de sustrato, Oihenart esbozó un programa de investigación que sigue siendo válido en nuestros días, aunque no le acompañara el acierto en la realización. Vid. J. SAROIHANDY, "Doctrina gramatical de Oihenart", *Tercer Congreso de Estudios Vascos*, San Sebastián 1923, págs. 41-46.

dentes ¹², sino que además sus defectos son muchos y notorios. Señalaré dos, que son suficientes. Los datos que contiene son poco dignos de confianza y han inducido en error a muchos, porque el autor incluyó en él, junto a las voces oídas y leídas tal cantidad de palabras de propia invención y mezcló ambos elementos con tanto afán que incluso un experto no sabe a menudo si se halla ante un neologismo o ante un término popular. Hay por otra parte las abundantísimas etimologías con que Larramendi adornó los artículos, con la finalidad constante de probar que las voces latinas y romances provienen del vascuence, y que siempre o casi siempre son más propias para producir risa que convicción. Ellas le han dado una fama poco apetecible de vascómano apasionado y ligero que es necesario examinar más detenidamente.

Reconozcamos desde el primer momento que las etimologías son absolutamente indefendibles y bastará con una pequeña muestra para probarlo: «Alabanza —dice nuestro buen Padre— es voz Bascongada: sin añadir ni quitar letra, significa semejanza de hija: y como es natural hablar con cariño y estimación de vna hija, assí a las expresiones aprecio y estimación en favor de alguno se dio el nombre de *alabanza*.» Quien se complazca en el espectáculo de las aberraciones del entendimiento humano encontrará muchos otros ejemplos en el *Diccionario trilingüe*, ejemplos que, como los sermones de Fr. Gerundio ¹³, «pueden acometer en sus mismas trincheras a la melancolía.»

¹² J. DE URQUIJO, "Los precursores de Azkue", *Euskal-Erria* 53 (1905) 283-287.

¹³ La etimología de *azucena*, de la que se rieron Mayáns y otros, procede en realidad de Oihenart (*Noticia*, pág. 36).

Creo con todo que las etimologías de Larramendi, por grotescas que parezcan, pueden justificarse o al menos explicarse, aunque la explicación, para defender su sensatez, haya de ir en detrimento de su probidad científica. Larramendi era, ya se ha dicho, un apologista por considerarlo un deber y además un polemista por temperamento y hasta por educación. Se sentía obligado a tomar en todo momento y ocasión la defensa de su amado país, y más particularmente la de su amadísima provincia de Guipúzcoa, pero además su afición a la disputa y la justificada confianza que tenía en su talento dialéctico le llevaba siempre a prestar servicio en los lugares de mayor peligro. No necesitaba oír la llamada del deber para enzarzarse en la pelea ¹⁴, pero cuando el deber se unía a la inclinación su entusiasmo no conocía límites y no había postura por extrema que fuera que no se alegrara de defender. No le causaban enojo, y esto habla muy alto en su favor, los ataques personales del enemigo, a quien gustaba de enfurecer y provocar: «Y aunque he solicitado que se responda —escribía en 1748 al Padre Berthier— al cotejo que hago del vascuence con otras muchas lenguas, dando sobre todas ellas mucha ventaja a la nuestra, no ha habido ninguno que me dé este gusto; siendo así que en la *Demostración* observé un lenguaje burlón e insultante, que pudiera provocarles al desquite». Una de sus bromas favoritas consistía en intercalar como ejemplos palabras y frases vascas poco amables para sus contradictores, como to para

¹⁴ Lo probó al mezclarse en la enconada disputa acerca de la naturaleza de San Martín de Aguirre o de Loinaz que dura hasta nuestros días entre Beasain y Vergara, con un divertido panfleto firmado por dos testafierros: *Nueva demostración del derecho de Vergara sobre la patria y apellido secular de San Martín de la Ascensión y Aguirre*, Madrid 1745.

intrigarles como para enfurecerles si llegaban a enterarse de su significado.¹⁵

Larramendi, es necesario confesarlo, no tenía, a diferencia de Hervás, ningún entusiasmo desmedido por el trabajoso caminar de las ciencias reales, hecho de continuas rectificaciones y de retrocesos aparentes al contacto con la experiencia. Llevaba consigo el espíritu pleitista de su raza, acostumbrada a litigar interminablemente por derechos, privilegios y prioridades y a esto se añadió la dialéctica de la escuela que luego aprendió en las aulas. Siempre se halla dispuesto a dismantelar a su adversario con un silogismo en Celarent o en Baralípton o a engancharle, como dicen los ingleses, entre los cuernos de un dilema. En muchas de sus argumentaciones, incluso sobre temas de moral como la licitud de las danzas guipuzcoanas, parece que va implícito el supuesto de que los textos o los datos de cualquier orden, en cuestiones que no sean estrictamente de fe, no prueban ni refutan nada por sí mismos, sino que todo depende del partido que de ellos sepa sacar la penetración del que los alega. Lo importante, como en un pleito o en una disputa escolástica, es quedar vencedor, aunque los argumentos sean más especiosos que otra cosa.

Ahora bien, él sabe que en lo referente a los privilegios y exenciones de la lengua vasca lleva una ventaja a sus adversarios: él sabe vascuence y ellos no

¹⁵ Lo hacía también en latín: "Oíga la lengua que se sigue. *Armesti imbecillitas, dum Academicis palpatur, quos ab Anonymo despectos levius quam oporteret confingit, Anonymi, cujus carpit scriptum, risum potiús, quam bilem movit. ¿Qué Lengua es ésta? Dirá que es Latín. Pues, ¿qué Lengua es la que sigue? Armestum Academicis imbecillitate palpantem, quos non despexit Anonymus, cujus ab eo carpitur scriptum, risu magis, quam bile prosequitur. Yo digo que no es Latín y que las dos oraciones son de distintos Idtomas*" (*Diccionario*, pról., pág. CCXXVI.)

y en otros órdenes de conocimientos no está en clara inferioridad. No se le ocurrirá desaprovechar esta ventaja, ya que además de ser hábil posee otra cualidad inestimable en una polémica. Supera a sus adversarios no sólo en imaginación, sino también en desenfado, sus detractores podrían casi decir que en frescura: no teme al ridículo porque sabe que en ese terreno, aunque tenga que revolverse como un gato, acabará siempre por reírse el último. No creo pues que sea temerario afirmar que estaba lejos de prestar fe ciega a los productos de su fantasía que no eran a menudo más que medios para salir mejor o peor del paso, como tampoco creo que nos apartaremos mucho de la verdad si pensamos que al escribir algunas de sus estupendas etimologías no le faltaba mucho para reírse a cuenta de los crédulos lectores, presentes o futuros ¹⁶. Hay por lo menos un texto muy explícito, a propósito de su explicación de *España* por el vasco *ezpaña* 'el labio' que lo confirma: «Confieso que me retoza la risa, acordándome del ceño con que oirán todo esto los Diaristas, sin más recurso ni desahogo que llamarlo *violencia*, *voluntariedad*, *disparate*, pero se hallarán atajados, no hallando razón ni motivo para tanto mal nombre: porque, si se empeñan en buscar la falta de naturalidad de nuestras etimologías con los nombres, se meten, sin querer, en lo que aborrecen, que es dar otras que no sean violentas, sino

¹⁶ En este sentido se expresó ya D. Nicolás de Ormaechea, "Larramendiren iztegia", *Euzkera* 11 (1930), págs. 252-261, de quien traduzco: "¿Es que el mismo Larramendi no sabía, no cayó en la cuenta de que en vascuence habfan entrado muchas voces extrañas? Sí, sin duda; pero en el diccionario, cada vez que una se presenta, se la adjudica al vascuence... No creo, sin embargo, que hable siempre en serio. Larramendi bromea a menudo. Si se ríe de sí mismo, ¿por qué no ha de reírse de Mayáns y de Armesto? Sin duda dijo para sus adentros: Diga lo que diga, esos extraños no se van a enterar de si es o no así. No se preocupaban del vascuence y no tenían la menor intención de aprenderlo. Diré, pues, lo que sea, y quedará triunfador."

naturales... Ven que por otros Autores, no sólo en otros nombres, sino en estos mismos de España, se dan varias etymologías en Reyes fabulosos en el Griego, Hebreo, Phenicio que ni aun son tan oportunas como las nuestras en Bascuence: y no obstante o las admiten o tratan a lo menos con respeto y cortesía. Pero a nuestras etymologías, sólo porque son nuestras y del Bascuence, aunque sean más oportunas y naturales, tocan a violencia y disparate. Tales respuestas no merecen otra réplica que el descubrirles su pasión y poquísima indiferencia. Yo diría que estos burlones son como aquellos gallinas que de talanquera dan vaya al que saca mal una suerte al toro; pero enmudecen diciéndoles *baxe el valentón, y haga otro tanto*, porque ni tienen valor ni habilidad para esso». ¹⁷ A Larramendi, justo es decirlo, nadie podrá acusarle de no haber saltado al ruedo etimológico.

La misma disposición del *Diccionario* (castellano-vasco) está proclamando que se trata más bien de una obra para la exportación. Lo grave de este pie forzado es que, para que no quedaran huecos sin traducción, Larramendi se vio obligado, como dice un crítico, a «forjar sigilosos y arbitrarios neologismos». ¹⁸ Lo más gracioso es que se creyó obligado a estampar lo siguiente en el prólogo (p. XLVII): «Los Bascongados, al ver en el *Diccionario* una cantidad tan prodigiosa de su Lenguage vulgar, unos preguntarán si todas son voces del Bascuence. Y otros resueltamente dirán que no lo son, sino de mi fábrica e invención... Solas tres voces son de mi invención —explica sin pestañear—, y de que estoy usando muchos años ha, y son *sutumpa*

¹⁷ *Diccionario trilingüe*, pról., pag. CXI.

¹⁸ IBAR, *Genio y lengua*, Tolosa 1936 pág. 120.

por cañón de artillería, *godaria* por chocolate y *surraultsa* por polvo de tabaco». Sólo se ha tomado la licencia, dice, de crear, con elementos conocidos palabras compuestas para traducir las «voces facultativas». No aclaró muy bien cuál es la extensión que atribuía a tales voces, es decir, a «las que pertenecen a las Facultades, Artes y Ciencias», pero en todo caso tuvo que ser muchísimo mayor que la que se les da habitualmente.

Es un hecho, de todos modos, que creó un grave problema a la lexicografía vasca, pues sus neologismos no dejaron de ser aceptados, al menos en teoría, por los escritores en vascuence y eruditos posteriores. Azkue¹⁹, que no reconocía más autoridad que la del pueblo en materia léxica —es decir, siempre que la autoridad del pueblo no estaba en favor de préstamos—, intentó resolver la cuestión de una manera tajante, descartando todo o casi todo lo que veía propuesto por Larramendi. No obstante, el problema quedó en pie, porque en algunos casos se trata de voces auténticamente populares, apoyadas por testimonios anteriores a Larramendi y que no pueden por tanto depender de él, y en otros lo que rechazó en el *Diccionario trilingüe* se le entró subrepticamente de léxicos impresos o manuscritos y de obras de diversos autores. Nos quedan, pues, bastantes casos dudosos en que no sabemos si Larramendi inventó o prestó oídos a una tradición auténtica.

Hay además otra razón, mucho más fundada, para que el *Diccionario* fuera castellano-vasco. Larramendi no cesa en sus obras de fulminar a los predicadores del país que, con algunas excepciones (la de los misioneros y en particular los franciscanos misioneros de Zarauz),

¹⁹ Sobre Azkue puede verse la conferencia de D. Antonio Tovar en *La obra de D. Resurrección María de Azcue*, Bilbao 1952.

predicaban en castellano o al menos en mal vascuence, «porque lo traducen del castellano y no saben las reglas de una buena traducción y, lo que es peor, no saben con inteligencia y ultimadamente el castellano que quieren traducir»²⁰. No resulta increíble este abandono cuando se piensa que apenas se preocupó nadie que hubiera predicación y enseñanza del catecismo en vascuence hasta fines del siglo XVI²¹.

Se puede decir con carácter general que su lengua ha sido para los vascos un tesoro precioso, pero no por ello menos incómodo. No se sabía bien que hacer con ella, puesto que no se trataba de un objeto material que pudiera exhibirse en lugar bien visible o arrinconar en el cuarto de los trastos. No hay exageración en la pintura que nos ofrece Larramendi: «Los Bascogados no parece que han hecho aprecio della, o a lo menos no se han explicado. Salen de su País y hacen estudio de olvidarla; ni escriben ni quieren siquiera escribir en su Lengua vna Carta. Dentro del País se destierran quantos medios pudieran conducir para conservar la y descubrir sus primores. Nada se lee ni escribe ni se enseña a los niños en Bascuence; no hai Maestro que quiera ni sepa deletrear en su Lengua. Dentro ni fuera no ha auido quien aya impresso algo en Bascuence para utilidad destos Países, exceptuando los pocos Libros de Labort, que aun apenas se encuentran»²².

²⁰ *Corografía*, pág. 259.

²¹ Los jesuitas empezaron ya a preocuparse de la predicación en vascuence a fines del siglo XVI. En el XVIII fué famoso el P. Bernardo Recio, natural de Alaejos (Valladolid), de quien se dice que en tres meses aprendió a hablar vascuence con el arte de Larramendi. Debía ser hombre muy bien dotado para aprender idiomas, porque más adelante predicó también en quechua en América.

²² *Diccionario*, pról., pág. LIV s. Cierta escrito que circuló por Bilbao ponía en duda la utilidad de la gramática de Larramendi: "... y no alcanzo en qué Aulas se ha de leer ni qué fruto espera el Padre Larramendi: sin duda querrá que nuestros Archivos y antiguas tradiciones se pongan en Bascuence".

No obstante Larramendi, que a todas luces se lamenta de este estado de cosas, nunca propugnó, que yo sepa, ninguna reforma en las escuelas para que los maestros tuvieran en cuenta, al menos en los primeros años, la lengua materna de los niños: podemos pensar que fueron consideraciones de prudencia política las que frenaron su vehemencia en este punto. Pero nunca calló en lo referente a la catequesis y a la predicación en vascuence, y la verdad es que sus palabras no dejaron de producir fruto. A él se debe antes que a nadie la publicación de numerosos libros vascos, primero de devoción, como los de los jesuitas Cardaveraz y Mendiburu, y después también de literatura amena en Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra durante los siglos XVIII y XIX, comparables a los que se venían imprimiendo en el País vasco-francés desde hacía más de un siglo ²³.

A pesar de eso, no escribió mucho en vascuence, aparte de lo que diseminó en las obras en romance, ya para confusión de sus enemigos ya para expresar conceptos que podían parecer atrevidos a oídos que no fueran los de sus paisanos ²⁴. Pero lo poco que escribió—salvo los versos, que es mejor no recordar— es de primera calidad. Sabía y usaba la lengua a la perfección, con una ligera inclinación al énfasis y a buscar la abundancia en las voces y la rotundidad en los períodos. Estas pocas páginas no desmerecen al lado de los mejores prosistas en lengua vasca. Además, como ciertos médi-

²³ Para la historia de la literatura en lengua vasca remito a mi resumen en *Historia general de las literaturas hispánicas* V (Barcelona 1958).

²⁴ Se trata de la carta-prólogo a *Jesusen Biatzaren Devotiuu* del P. Sebastián Mendiburu (1747) y del panegírico de San Agustín, publicado en *Euskal-erría* 13 (1885). El P. Fita habla de correspondencia en vascuence que se encuentra en la Academia de la Historia, pero en un primer intento no he podido hallarla. Cf. E. J. DELMAS, "Manuscritos de Larramendi", *Euskal-erría* 16 (1887), 304-307.

cos que vacilan en aplicarse a sí mismos los remedios que recomiendan a sus pacientes, no utilizaba sus propios neologismos. Al contrario de lo que pudiera creerse, no era melindroso en lo referente al uso de voces no castizas: «Los ingleses hacen vanidad de valerse de cuantas voces les arman bien, sean de esta lengua, sean de la otra, sin matarse en buscarlas en la suya. Los franceses, al contrario, son muy escrupulosos en esto y a más no poder se valdrán de voces forasteras si las tienen usuales en casa. Pero ni tanto ni tan poco para nuestro vascuence. Ni tanto como los ingleses, pues eso es hacer poco aprecio de su lengua y abrir camino al olvido de las voces propias, ni tan poco como los franceses, porque eso es tener cautivo al entendimiento, que por penuria de voces desvirtúa cien pensamientos brillantes. Se debe guardar el medio que hemos propuesto»²⁵.

Pero no es mejor escritor en vascuence que en romance. A diferencia de lo que suele ocurrir con vascos contemporáneos cuyo dominio del vascuence es sin embargo precario, no rehuía lo castizo cuando escribía en castellano²⁶. Tampoco era en él el casticismo, como en otros vascos, un postizo mal pegado, sino modo natural de expresión. Ya hemos visto que en nuestro siglo XVIII, tan rico en polemistas encarnizados, Larramendi no cede en nada a los más combativos. No es esto sólo. Entre tantos escritores sin estilo, es siempre personal, agudo, variado en registros y rico en sorpresas. No un discutidor más, hosco más que serio, agrio y malhu-

²⁵ *Carografía*, pág.

²⁶ Recuérdese por ejemplo el horror de Baroja ante ciertos arcaísmos de la lengua escrita: «¿Las leyó usted? —Comencé a leerlas, pero no seguí.— ¿Y por qué? —Porque estaban escritas en estilo florido y pedantesco... Holgárame yo muy mucho... antojábaseme...; para mí, entonces, esto era pestífero. Es la incomprensión que se tiene para todo lo que no es habitual» (*Memorias*, Madrid, Minotauro, pág. 221).

morado. Su espontáneo buen humor, su *entrain*, el placer evidente que saca de la disputa se comunican fácilmente al lector. Con todo su respeto a la preceptiva de la época, tenía, como el P. Isla, a quien tanto se asemeja en muchos aspectos, un fondo de humor, una viva y gozosa intuición de las incongruencias de la mente humana, que hubiera hecho de él un buen humorista en tiempos en que el humorismo se ha convertido en una técnica apreciada y racionalizada.

Comprendo, sin embargo, que acaso no todos los lectores disfrutarán tanto como yo con una buena polémica y respeto incondicionalmente su gusto. Por ello no me atrevería a recomendar la lectura de Larramendi, si ello supusiera el tener que enfrascarse en argumentos prolijos sobre temas abstrusos y poco actuales. Afortunadamente, y gracias a la diligencia del P. Fita y al interés afectuoso que siempre prestó a las cosas vascas, podemos hoy leer también la *Corografía o descripción general de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*, su obra más amena²⁷. Tampoco faltan aquí páginas polémicas porque Larramendi, como él mismo decía, tenía la boca algo caliente, pero hay además muchas otras cosas. Se trata de una animada descripción de Guipúzcoa, de su economía, del carácter —virtudes y defectos— y modos de vida de los guipuzcoanos, de su gobierno, de su religiosidad, de sus diversiones, de su lengua, sobre la cual encuentra manera de añadir algunos pormenores preciosos, aunque el tema podía parecer agotado. La riqueza de datos de todo orden que ofrece es preciosa para el investigador, pero aun el simple lector que no persiga otra finalidad que el placer de la

²⁷ Véase arriba, nota 2. En el mismo volumen va una carta de Larramendi al P. Berthier, fechada en 1748.

lectura recorrerá con gusto esas páginas en que se pinta con sobriedad y viveza una Guipúzcoa algo arcádica, pero real y consistente. Aquí alcanzan su forma más cumplida algunos de los mitos del País: la nobleza primitiva y no adquirida de todos los guipuzcoanos, que no procede de «privilegio y gracia de los Reyes» ni supone «principio y transición de no ser nobles a serlo», sino que se funda en la pureza de sangre por haber estado libres de dominadores extraños desde los tiempos más remotos; el orden feliz del régimen foral, basado tanto en el funcionamiento sin roce de las instituciones propias como en el respeto a la autoridad real²⁸. Pero, aparte de sus ideas, Larramendi es un magnífico testigo que sabe describir gráfica y animadamente tantas cosas del pasado que su amplia curiosidad ha contribuido a sacar del olvido. En mi opinión, de no tratarse como se trata de la descripción de un pequeño país, y también acaso por la creencia de que las cosas vascas no pueden interesar más que a vascos o a especialistas en cosas vascas, la *Corografía* hubiera alcanzado mayor atención de los historiadores de la literatura. Pues desde este punto de vista no hay tantas obras en prosa en el siglo XVIII español que le sean claramente superiores.

Resumo ahora, para terminar, estas consideraciones demasiado inconexas. Larramendi no puede ser presentado como un modelo de investigadores. Nació en un pequeño país en que ni ayer ni hoy se han manifestado muchas aptitudes o inclinaciones para la teoría y la con-

²⁸ "Larramendi, como ya he indicado en otra parte, es el sustentador de la teoría de la "nobleza de sangre", en forma tal que podría tomársele como precursor de los modernos racistas. Los vascos son libres y nobles, según él por no hallarse contaminados por los sucesivos invasores de la península, creadores de vasallajes y honores artificiosos." (J. CARO BAROJA, *Los vascos*, 2.ª ed., pág. 89).

templación. Le debemos con todo un considerable progreso en los estudios referentes a la lengua vasca: le es deudor en particular de importantes medios de trabajo Hervás, investigador que ha recibido más encomios que intentos de valoración precisa. Larramendi inventó mucho y falsificó mucho, no podemos negarlo, pero también recogió honradamente mucho en personas y libros ²⁹. Fué, como después Jovellanos, un precursor de la dialectología moderna. No estaba exento de lo que Feijoo llamaba «pasión nacional», pero, si tenía ojos para las virtudes de sus paisanos, no se le ocultaban tampoco sus defectos: su desunión, por ejemplo, y su envidia «no del bien y fortuna de extraños y forasteros, sino de los suyos propios, de sus vecinos, paisanos y parientes que tengan a la vista». No hay país que a sus ojos aventaje a Guipúzcoa, pero su inclinación a las letras le lleva a acordarse con nostalgia de Salamanca, ya que «no es fácil contentarla en este país infeliz, donde apenas hay más libros que los de San Antonio, en montes, prados, valles, bosques, ríos y precipicios, y donde el comercio epistolar se reduce por lo común a bagatelas áridas e insulsas» ³⁰. Y sobre todo, creo yo, en el terreno literario donde la pasión es pecado menor, fue un excelente escritor que no es suficientemente conocido y apreciado.

Si no sabía más que de oídas de «experiencias e inventos curiosos», no había en él hostilidad hacia la

²⁹ "De la gran dificultad que he tenido en componer este Diccionario" con curiosos detalles, *Diccionario*, pról., pág. LI ss.

³⁰ El P. Feijoo tenía, sin embargo, quien le leyera en Guipúzcoa por aquellos años: lo curioso es que se trata de una señora de Hernani que, por rara coincidencia, se llamaba Manuela de Larramendi. Véase *Colección de documentos inéditos para la historia de Guipúzcoa*. I, San Sebastián, 1958, páginas 75 ss.

ciencia experimental, nueva entonces entre nosotros ⁸¹: en Vasconia fue en cierto modo el precursor de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País y de su Real Seminario de Vergara, hermano mayor del Instituto Asturiano de Gijón. No creo que esto suponga hoy escándalo para nadie, porque gracias a Dios parece haberse alejado de nosotros la desconfianza que veía en la ciencia una mercancía sospechosa con tenebrosas implicaciones filosóficas y teológicas. El siglo XVIII fue en España a este respecto una estricta necesidad y sólo cabe lamentar que su obra, a causa de los conflictos externos e internos que empezaron con la Revolución francesa, no tuviera entre nosotros un desarrollo pacífico y normal.

⁸¹ Comentaba el conocido incidente relacionado con la publicación de *Observaciones astronómicas en América* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la carta al P. Berthier: "Y ya que hemos tocado la especie, quiero decir a V. R. una curiosidad, y es que en la obra de don Jorge, y especialmente en su prólogo, el Inquisidor general y calificadores arrugaron mucho la frente: como que se escandalizaban de la opinión del movimiento de la Tierra, sin respeto a la condenación de Roma en el triste Copérnico y Galileo. Pero el Padre Burriel citado esgrimió la espada de su erudición con tan buena fortuna que convenció a unos y a otros y quedó triunfante y sin mudarse nada de la obra, más que suponerlo por modo de hipótesis, que aun así no ha sido poco que nuestra Inquisición con sus escrúpulos sobrados no la haya mandado suprimir, y puede contarse por un milagrito. Y con esto el Padre Terreros sigue en sus conclusiones el mismo camino, sin que nadie le haya saltado al encuentro. En esta parte más holgados están en Francia: y Maupertuis y Clairaut, que de vuelta de su viaje imprimieron sus obritas con la curiosidad de la figura de la Tierra lata o chata hacia los polos a manera de naranja, sin escrúpulos de inquisidores y calificadores, suponen demostrado el movimiento de la Tierra" (*Carografía*, pág. 286). Claro que estas palabras reflejan algo más que la opinión personal de Larramendi, quien añade "Todo esto va para que V. R. conozca que soy buen papagayo, que parla lo que ha leído sin inteligencia".

ERRATAS ADVERTIDAS

Pág. 9: la nota ⁽³⁾ corresponde a la línea 2.

Pág. 10: línea 25: léase COMO LO DEMUESTRA EL CONTINUO PROGRESO etc.

Pág. 14: línea 4: dice AUNQUE, léase SI BIEN.

Pág. 14, nota 11. línea 1: dice DE A, léase DE-A.

